

El Bulto

Por Greymar Hernández

Gisela, 23 años

Tomás, 27 años

Escena única

La acción se desarrolla en un espacio escénico impreciso.

Tomás, camina de un lado a otro, silencioso. Mira el reloj y, luego, mira a lo lejos, como esperando a alguien. Continúa caminando de un lado a otro. Está completamente vestido de negro.

Entra Gisela, también vestida de negro de pies a cabeza. Se muestra torpe y algo harapienta. Arrastra con esfuerzo un bulto de tela, del tamaño de un cuerpo humano. Lo manipula con dificultad. Lo ubica en medio del espacio escénico.

Tomás se asegura de que nadie les escuche. Se acerca.

Tomás: (En actitud de espía) Entonces, ¿ya no hay nieve en Saint Moritz?

Gisela: (Mostrándose confundida) ¿Cómo dice?

Tomás: (Aún en actitud de espía) Digo que...usted...condujo el tren hasta la última estación. (Señala el bulto con los labios) ¿Correcto?

Gisela: No, señor. Yo vine andando.

Tomás: (Comenzando a desesperarse) ¡Me refiero a lo que lleva usted en las manos!

Gisela: (Perdida) ¡Vaya, qué detallista! En efecto, es un anillo de compromiso.

Tomás la mira, perplejo y absolutamente desorientado.

Gisela: Me sorprende su capacidad de observación. No debió ser fácil descubrirlo, en medio de tanta oscuridad. Es un anillo sencillo. Pero no se confunda, él es un hombre único.

Tomás: ¡Señorita! ¡Yo me refiero al bulto!

Gisela: (Sonrojada) Bueno... yo, esos detalles prefiero no...

Tomás (Interrumpiendo) ¡Ese, señorita! ¡Ese bulto! (Señala) ¡El que trajo usted, arrastrando hasta aquí!

Gisela: ¡Ah...eso! ¿Usted hablaba de eso? ¡Pues, haberlo dicho antes!

Tomás: ¡Pero si yo...! (Impaciente) Bueno, ¿sabe qué? ya no importa. Lo importante es que usted ya lo hizo.

Gisela: ¿Qué si hice qué?

Tomás: ¡El trabajo! ¡Lo estoy viendo!

Gisela: ¿Y qué es lo que ve?

Tomás: ¡Al muerto!

Gisela: ¿Un muerto? (Mira alrededor) ¿Y lo ve usted en forma de espíritu? Yo nunca he visto un muerto de verdad, verdad. Sólo en el cine.

Tomás: Pero, ¡Señorita! ¿Qué disparates está diciendo? Yo tengo ante mis ojos el bulto del tamaño de un cuerpo humano, tal y como estaba previsto. ¡Allí está! ¡Lo estoy viendo con absoluta claridad! ¿Se ha quedado usted ciega repentinamente?

Gisela: No señor. Igual que usted, yo tengo ante mis ojos un bulto del tamaño de un cuerpo humano. Y eso es, justamente, lo que estoy viendo: un bulto, no un cuerpo.

Tomás: (Desarmado) Bueno, en eso tiene usted razón.

Pausa.

Tomás: Pero...si el cuerpo no está ahí dentro, entonces, ¿con qué objeto habría venido usted esta noche?

Gisela: Pues... la verdad es que no estoy muy segura.

Pausa.

Gisela: Quizás con un encendedor y algo de líquido inflamable.

Tomás: ¡Señorita, con "objeto", me refería a la razón por la que habría venido usted a...! ¡Un momento! ¿Ha dicho usted un encendedor y líquido inflamable?

Gisela: Si. Eso he dicho.

Tomás: ¡¿Para quemarlo?!

Gisela: ¿A quién?

Tomás: ¡Al hombre que lleva dentro del bulto!

Gisela: ¡Claro que no! ¡Para fumar, señor! Me gusta usar mi Zippo. Me hace sentir importante. Cuando me lo encontré, estaba casi nuevo. Lo único malo es que hay que estarlo recargando, pero... (Impactada) ¡Un momento! ¿Yo estuve cargando todo este rato con un muerto dentro de ese bulto?

Tomás: ¡¿Pero, usted no lo sabía?!

Gisela: Tenía una ligera sospecha. Pero ninguna certeza.

Tomás: (Absolutamente enredado) Yo...no estoy entendiendo nada.

Pausa.

Gisela: (Mirando el bulto) Y, ¿cómo está usted tan seguro de que allí dentro hay un hombre?

Pausa.

Gisela: Al fin y al cabo, allí adentro podría haber cualquier cosa. Incluso podría ser lo que usted quisiera. ¿Alguna vez leyó “El Principito”? El sombrero...la serpiente que se traga al elefante y...

Tomás: ¡Señorita, no perdamos más tiempo!

Gisela: (Indagadora) ¡Un momento! Usted parece saber mucho acerca de este bulto. Ha estado actuando de un modo muy sospechoso. Me parece que usted intenta ocultar algo...

Tomás: ¡Esto no puede ser! Estuve preparándome durante 444 días para esta misión. Se suponía que usted conocería los códigos. Se suponía que usted sería quien ejecutaría la última fase del plan. Se suponía que usted habría sido entrenada, de manera especial, para tal...asunto. Se suponía, señorita, que no habría errores. Ahora, dígame, ¿quién demonios es usted? Y ¿cómo es que no sabe qué lleva allí dentro? ¿Cómo es que no sabe a qué ha venido? Si usted no es la persona que yo esperaba, dígame ¿Dónde está la agente que debería estar aquí, en lugar de usted? y ¿qué rayos hace usted aquí?

Gisela: Pues, yo, he venido a mirar la luna...

Tomás: ...yo me rindo.

Gisela: ...pero no la encontré.

Pausa larga. Ambos se distancian hacia esquinas distintas. Luego, Gisela regresa.

Gisela: Perdone, ¿todo esto es un asunto de espionaje?

Tomás permanece en silencio y sin saber cómo proceder.

Pausa.

Gisela: ¡Espiar es una cosa muy fea, señor! El que busca, siempre encuentra.

Tomás está completamente desorientado, confundido y decepcionado.

Pausa.

Gisela: Y dígame, ¿cómo sabe usted que el muerto es un hombre?

Tomás: Yo, la verdad, ya no se nada, señorita.

Gisela: Pero usted habló de un hombre. No dijo sólo “un cuerpo”. Dijo “un hombre”, con todas sus letras. O sea que usted se refiere a un varón.

Tomás: Si. Debía ser un hombre.

Gisela: Bueno, yo no estoy tan segura.

Tomás: (Curioso) ¿Qué quiere decir?

Gisela: Me parece que sí es un cuerpo, pero no de hombre.

Tomás pone atención.

Gisela: Quiero decir, no parece ser el cuerpo de un hombre, en toda la expresión de la palabra. Y si, en efecto, se tratase de un hombre, estoy segura de que debe ser uno como usted.

Tomás: ¡¿Qué ha dicho?!

Gisela: No se ofenda. Lo digo por la configuración.

Tomás: ¿La configuración?

Gisela: Si.

Tomás: No le entiendo.

Gisela: Quiero decir, la contextura. El cuerpo debe ser muy delgado, como el suyo.

Tomás se desorienta.

Gisela: Aunque, le digo la verdad: si eso de allí es un cuerpo, entonces, lo mismo podría ser de un adolescente en plena maduración sexual, de una mujer solterona y, si la entelequia le alcanza, hasta podríamos estar hablando de un cuerpo celeste.

Tomás: Esto tiene que ser una broma.

Gisela: ¡Hablo en serio! ¿No le gusta el cine? Las películas están inspiradas en la vida misma. Y, muchas veces, aquello que llaman la “ciencia ficción”, es en realidad un asomo de la realidad que no conocemos. Así que, ese bulto podría contener materia extraterrestre, o bien podría ser un pasadizo secreto hacia una dimensión distinta. Quién sabe si el que se metió allí muerto, ahora está vivo en otro lugar.

Tomás: Sus disparates están provocándome un terrible dolor de cabeza.

Gisela: Debe ser una vulgar jaqueca. Pero, por más ordinaria que sea, no se le debe subestimar. Las he padecido. Sé lo que debe estar sintiendo en este momento. Le compadezco.

Tomás: (Para sí) No. Usted no tiene ni idea.

Gisela: Se equivoca, ya ve usted que no estoy tan distraída. En todo caso, lo he pensado mejor, y ahora tengo la plena seguridad de que eso de allí sí es un cuerpo.

Tomás: (Reanimado) ¿Sí?

Gisela: Si. ¡Por supuesto! Es el cuerpo del delito.

Tomás se vuelve a descomponer.

Gisela: Ay señor, a mí la verdad me da mucha pena verle así, en esas condiciones. Esto parece ser muy importante para usted. Me encantaría hacer algo para ayudarle a sentirse mejor. Dígame, ¿cómo le puedo ayudar? Estoy en absoluta disposición de hacerlo.

Tomás: Acláreme ¿De dónde sacó usted ese bulto?

Gisela: Ah, ¿ya ve? Eso sí que no se lo puedo decir.

Tomás: Señorita, ¿usted tiene una idea de la magnitud de todo esto? ¿Tiene idea del paquete en el que está metida?

Gisela: Perdóneme, pero, si hay algo que sí está a la vista, es que no soy yo la que está dentro del paquete.

Tomás: (Perdiendo completamente la paciencia) Dios mío.

Gisela: (Se acerca, inquisidora) ¿Sabe una cosa? Yo voy a descubrir qué es lo que está sucediendo aquí. ¡Voy a llegar al fondo de esto!

Tomás: (Burlón) Si, seguramente.

Gisela: Dígame, ¿usted para quién trabaja?

Tomás: ¿Y usted de verdad cree que yo le voy a decir eso?

Gisela: Pero es usted detective, ¿cierto?

Tomás: Ya le dije que no voy a...

Gisela: ¡Entonces usted es asesino!

Tomás: ¿Perdone?

Gisela: ¡Por supuesto! No hay duda. Es una ley de vida: detective o asesino. No hay otra elección para un hombre.

Tomás: Señorita, no puedo más. Usted me enferma. Esto me parece una alucinación. Estoy acorralado. Si esto no se resuelve en los próximos minutos, todo se acabará para mí. Yo debía asegurarme de que la agente cumpliera. Yo debía quedarme con el paquete hasta que llegara "El Jefe". Usted no aparecía en el guión.

Pausa.

Gisela se acerca, preocupada, sumisa.

Gisela: Debo confesarle que su dolor genera algo inexplicable en mí. Verle tan atormentado me pone el cuerpo malo. Sinceramente quiero ayudarle.

Tomás: Si de verdad quiere ayudar, no se me acerque. ¡Váyase! ¡Déjeme solo con el paquete y hagamos de cuenta que nunca nos conocimos!

Gisela: Señor, realmente no nos conocemos. ¿Se ha dado cuenta de que no sabemos ni siquiera nuestros nombres? Usted no sabe nada de mí, ni yo de usted. Y, no se preocupe, no tiene que repetírmelo. Ya ha dejado muy claro que no tiene el más mínimo interés en contarme nada.

Pausa.

Tomás se aprieta la cabeza con las manos para mitigar el terrible dolor.

Gisela: Y, bueno, yo le mentí.

Tomás se sobrepone y atiende.

Tomás: ¡Por supuesto! Lo supe desde el principio. Ahora, por favor, dígame la verdad.

Gisela: Es de juguete.

Tomás: (Atónito) ¡¿El cuerpo?!

Gisela: No señor. (Apenada) El anillo.

Tomás se vuelve a tumbar, derrotado.

Gisela: No estoy comprometida.

Pausa.

Gisela: La verdad es que ni siquiera tengo novio. Tuve que mentirle en defensa propia. No todos los días se encuentra una con un desconocido en medio de la noche. Yo no quería que pensara usted que estoy desprotegida. Usted me habría podido matar y meter dentro de un bulto. Pero ya veo que esas no son sus intenciones y por eso me atrevo a decirle la verdad.

Tomás: Por favor, déjeme en paz.

Pausa larga. Se distancian.

Gisela vuelve a acercarse.

Gisela: ¡Tengo una idea que le animará! ¿Qué tal si abrimos el bulto y comprobamos si ahí dentro está el muerto que usted tanto ha estado buscando?

Tomás: (Nervioso) ¿Abrirlo? Yo... bueno....

Gisela: ¿No me diga que se impresiona con los cadáveres?

Tomás: No...yo no. Bueno, ese no era mi trabajo. Yo sólo debía “cuidar el paquete” hasta que “El Jefe” apareciera.

Gisela: Y dígame, ¿no le mata la curiosidad?

Tomás: Bueno, la verdad es que yo...padezco de una terrible enfermedad.

Gisela: (Sorprendida) ¡No me diga! ¿Es usted el que se va a morir?

Tomás: No, señorita. Yo sólo sufro de Misofobia.

Gisela: (Conmovida) Ah, qué pena. Lo siento mucho.

Pausa.

Gisela: ¿Y es por eso que le duele tanto la cabeza?

Tomás: Señorita, ¿usted sabe lo que es la Misofobia?

Gisela: (Apenada) Bueno, yo...no quiero parecer una loca delante de usted.

Tomás: (Irónico) ¡No, por favor! No se preocupe por eso.

Gisela: La verdad es que no sé lo que es eso.

Tomás: La Misofobia, es el miedo psicológico a la suciedad, a los gérmenes.

Gisela: ¡Pues, no le creo! Me parece que la verdad es que usted tiene miedo de encontrarse frente a frente con el cadáver y es por que inventa barbaridades.

Tomás: Pues, piense lo que quiera. Exagerado o no, es la pura verdad.

Gisela: Bueno, entonces nos quedaremos sin saber lo que hay dentro.

Tomás: Y... ¿Si lo abre usted?

Gisela: ¿Yo? No, ya le dije que tengo el cuerpo malo de tanto escucharle quejarse. Me siento débil como para ponerme en esas labores en este momento. Además, ya bastante esfuerzo hice trayéndolo hasta aquí y aguantando el olor.

Tomás: ¿El olor? ¿Despide algún olor? ¡Qué raro! Lo habría detectado de inmediato.

Gisela: ¡Por supuesto! El espacio está impregnado ¿No lo siente?

Tomás: La verdad es que no siento nada.

Gisela: Eso es porque ya entró usted en la fase dos.

Tomás: ¿Qué dice?

Gisela: De su jaqueca. ¿Sabía usted que la jaqueca tiene cuatro fases? Lo dicen los médicos. La primera, la más común, es el fuerte dolor de cabeza. Luego, en la segunda fase, ya comienza a fallar un poco la vista y el olfato. La tercera, por supuesto, es la pérdida de memoria...y la cuarta...

Tomás: ¿Me habla usted en serio?

Gisela: Desde la primera palabra que he dicho. Sólo mentí en una cosa y ya le aclaré los porqués.

Pausa.

Gisela: ¿Quiere un analgésico?

Tomás: (Desconfiado) ¿Usted de verdad cree que soy tan idiota como para aceptar una pastilla de la mano de una completa desconocida que trae a cuestas un bulto con lo que se supone que debe ser un muerto?

Gisela: A veces las cosas son más simples de lo que parecen. Ya le dije que yo también sufro de jaqueca. Siempre traigo conmigo algún analgésico. ¿Quiere uno?

Tomás: No, gracias.

Gisela: Bueno, como quiera.

Pausa larga. Tomás mira el reloj, asustado. Se le ocurre una idea.

Tomás: ¿Le quedan cigarrillos?

Gisela: Ah no, eso sí que no.

Tomás: ¿Perdón?

Gisela: No voy a permitir que usted se deteriore más. Ya suficiente tiene con la Sufocofobia esa. ¡Fumar es malo, señor! Que se lo digo yo.

Pausa.

Gisela: Yo porque el frío de las noches me atormenta. Entonces, enciendo fuego para calentarme por fuera, y fumo un poco para calentarme por dentro.

Pausa.

Gisela: Pero eso es lo único bueno que tiene el cigarrillo: su capacidad de abrazar por dentro. En todo lo demás, es terrible. Bien dicen que el verdadero enemigo es silencioso.

Pausa larga. Gisela se compadece de Tomás. Busca en sus bolsillos un cigarrillo. Se acerca.

Gisela: Bueno...aquí tiene. Pero después no diga que no le advertí.

Tomás: ¡Muchas gracias!

Tomás se percata de que no tiene cómo encenderlo. Gisela se lo enciende.

Gisela: Y no se preocupe, no me ofende que no quiera usted aceptar mi pastilla. Comprendo lo que es el miedo.

Tomás fuma, Gisela continúa hablándole.

Gisela: El miedo es algo que sé reconocer. También lo he tenido.

Pausa. Gisela sonrío. Se muestra cómplice.

Gisela: Pero, (mirando a todas partes y asegurándose de que nadie más le oye) aquí entre nos, el vicio es el vicio. ¿Verdad? Siempre se pone por encima del miedo ¿Y qué pena o qué susto no se alivia un cigarrillo?

Tomás comienza a sentirse un poco mareado.

Gisela: Es curioso lo que puede llegar a provocar un vicio. Es curioso que seamos absolutamente conscientes de los riesgos y, aun así, nos aventemos de cabeza.

Tomás tose. Se marea. Se siente cada vez más afectado por el efecto del veneno en el cigarrillo.

Gisela: Y lo más triste de todo es que, la mayoría de las veces, caemos en los vicios siguiendo a los demás.

Tomás cae al suelo. Se retuerce.

Gisela: (Mirándole) No es sorprendente que uno acabe acostumbrándose a hacer lo que le dicen otros que haga. Todo por sentirse parte de la masa. Y, mientras tanto, uno tiene que lidiar con ese escondrijo rebelde, que es distinto de todo y de todos por naturaleza. E inevitablemente, uno comienza a llevar una vida secreta. Tal vez por eso las historias de espías y dobles vidas nos resultan tan fascinantes.

Tomás queda tieso en el suelo.

Gisela se acerca para comprobar que está muerto. Saca un móvil que tenía bien oculto entre telas. Marca.

Gisela: Confirmado. Ya no hay nieve en Saint Moritz.

Gisela cuelga. Abre el bulto y saca de adentro un montón de telas arrugadas que formaban, en el interior, otros pequeños bultos. Acomoda el cuerpo de Tomás, insinuándole al público que lo guardará en el interior del bulto. Amontona las telas arrugadas, enciende el Zippo.

Black out.